

DIARIOS DE PODREDUMBRE

Octubre 1999

Minerva me ha recomendado la terapia del diario. Lo que ella diga. Parece una buena muchacha. Y profesional, sobre todo profesional. Mis compañeros no se fijan en esos detalles, sólo tienen ojos para desnudarla con la mirada y lengua para requebrarla con obscenidades. A escondidas, claro, que por menos de nada viene el funcionario y te mete un parte que te fastidia los permisos. Minerva dice que, con un poco de suerte, si respondo positivamente a la terapia podré salir de permiso en cuanto cumpla dos tercios de la condena. Paco, mi compi de chabolo, está convencido de que, tanto si le presento los deberes a la psicóloga como si no, me voy a comer a pulso los dos años a la sombra. A él también le ha dicho Minerva que escribir en un diario sus impresiones, su estado de ánimo, sus ilusiones (ya ves, sus ilusiones, ¡en este antro!), en fin, todo cuanto se le ocurra, diría mucho en su favor de cara a las valoraciones de la Junta de Tratamiento. Se ríe. Se ríe de una forma que a veces asusta. Cada noche, antes de que los funcionarios desconecten la luz lo veo escribir apoyado en la mesa acolchada, maldiciendo la inconsistencia de la superficie que dificulta el deslizamiento del bolígrafo. Sé que, pese a su inquina hacia la psicóloga, escribe un diario sin objeto, pues jura que antes que colaborar con ningún loquero se come los dedos. No se quiere curar, eso está claro. Y, aunque no me lo ha dicho, no es difícil aventurar que si se presta a reunirse con Minerva es sólo para alegrarse la vista con las curvas generosas de la muchacha. Allá él.

El tablero de ajedrez del que nos servimos para acortar las horas de estancia en el chabolo, cuando la niebla impide que los funcionarios nos dejen disfrutar de nuestro tiempo de patio por riesgo de fugas, también está acolchado. Todo cuanto tenga esquinas, acolchado. Por nuestra seguridad, nos explica innecesariamente el educador, para evitar autolesiones. Paco se ríe cada vez que mueve una pieza, mira el tablero y comenta que en el País de las Maravillas los

ataúdes seguro que son así (a mí, entonces, me da por imaginar a Alicia muerta) Le enerva tanta almohadilla, si bien sabe controlar su rabia transformándola en ironía, en cinismo. “Francisco - me espeta como saludo invariable de buenas noches-, esto no es el Psiquiátrico Penitenciario de Fontcalent, esto es una nube gigantesca de blanda gominola.”

Si no fuera porque tiene un nivel de juego aceptable que me hace más llevadero el encierro, le manifestaría a Minerva mi convencimiento de que la compañía de Paco no ayuda a mis propósitos de recuperación.

(Borges aseguraba que cuando soñaba no era ciego, a mi me sucede algo parecido: cuando juego al ajedrez no soy yo)

El muy cretino me hace sacar la lengua después de tomar las pastillas. Mete sus dedos enguantados en mi boca inspeccionando cada recoveco. Hay algunos presos que venden su medicación para pagarse la dosis de droga. Ruinas humanas. Hay quien se coloca un algodón en el hueco de las caries para empapar su dosis de metadona que luego revende al precio del oro en el patio. Eso no lo sabe el doctor, tan pagado de su bata blanca, de sus guantes de látex, de su bronceado de rayos uva, de sus músculos aparentes de gimnasio. “No me jodas y no me jodas, Leónidas –le chilla al que me antecede en la cola de la medicación-, que llevo muchos años bregando en estas casas para que me la quieras dar con queso. Trágate ahora mismo el sedante y no empieces con la tontería de la tos, que ya nos conocemos.” Luego voy yo y dócilmente engullo media docena de pastillas de colores variados. Casi un arco iris. No pregunto ni lo que son ni para qué sirven, lo que agrada sobremanera al doctor, acostumbrado a soportar las más peregrinas ocurrencias de mis compañeros. Saco la lengua y aguanto que sus dedos, como diminutas culebras de talco, violen mis encías. Es denigrante. Parecemos caballos cuya dentadura hubiera de ser examinada por un comprador exigente. Y lo peor es cuando toca analítica y nos hacen orinar delante de las enfermeras para que nadie dé el cambiazo.

Humillante. Que no nos molestemos en elevar quejas a la juez de vigilancia penitenciaria, nos dice el doctor, reflejada la barbilla en el brillo de la puntera de sus zapatos Pierre Lavaign, que es amiga suya y está seguro de que las va a desestimar. Cree sabérselas todas, y el muy estúpido no es capaz de darse cuenta de que, día tras día, tan pronto lo pierdo de vista me escondo en el tigre y vomito toda la porquería que me hace tragar. Casi un arco iris regurgitado. “Estupendo, Peces, estupendo, está respondiendo al tratamiento a las mil maravillas. ¡Ojalá todos demostraran su interés!”

Tengo mis dudas, no sé a quién detesto más, si al doctor o a la loquera. El uno me atiborra de guarrerías para tenerme todo el día atontado, vegetando en el patio; la otra me aprovecha para oírse hablar contando idioteces de la escuela de Lacan, del conductismo y de la madre que los parió a todos. No obstante, a Minerva da gusto mirarla, con esas faldas tan justas, esas blusas tan ceñidas, esos labios de viciosa que tan bien sabe humedecerse..., si no fuera porque tiene el pulsador de alarma a menos de cinco centímetros de la mano le haría un trabajito bien hecho. Para que se fuera olvidando de sus recomendaciones: “Peces, hágame caso, que es por su bien... Es tan sencillo como escribir todo lo que le decían esas voces...” ¡Más quisiera ella! No me decían -era una sola voz-, no me decían, me dice, me sigue diciendo, no hay día que no escuche los susurros lacerantes que me consuelan y me atormentan, agudos, los tímpanos. ¿Piensa que le gustaría saber qué me dice? No lo creo.

Abril 2000

Todavía no me ha pedido el diario, lo que interpreto como un voto de confianza por parte de Minerva. Me hace mucho bien hablar con ella, es la única persona sensata en esta soledad poblada de aullidos. El doctor siempre se muestra distante, a la defensiva, si acaso a veces gasta alguna frase cordial. Y de los funcionarios casi mejor no hablar, para uno que te

saluda hay ocho atrabiliarios que ni siquiera se molestan en atender tus peticiones. ¿Que no quedan instancias? Búsquese la vida. ¿Que el tigre del chabolo se ha atascado y no hay quien aguante tanta peste? Lo siento mucho, es fin de semana y no voy a avisar a los de mantenimiento por esa nimiedad. ¿Que quiero hacer una llamada que tengo autorizada? Pásese dentro de una hora, ¿no ve que me estoy tomando un café? Eso sí, siempre te tratan de usted..., te ignoran, pero de una forma muy respetuosa. Desde luego que la rehabilitación tampoco vendrá de la mano de los compañeros, un elenco de delincuentes a quienes el exceso de droga les ha volteado las neuronas. “Sé que es difícil hablar de resocialización en este ambiente –argumenta Minerva-, sin embargo, usted está poniendo mucho de su parte, y eso es lo más importante.” ¿También le dirá lo mismo a Paco?, ¿es una fórmula aprendida para tenernos contentos? Confío en que no. El asistente me hablaba en términos parecidos y cuando ya pensaba que sólo se trataba de bonitas pretericiones consiguió que mi familia viniera a verme. No hay que perder la esperanza de que brote una rosa en un estercolero. ¡Menudos nervios! Deseando verlos y, al mismo tiempo, temiendo enfrentarme a sus rostros, sobre todo al de mi padre. “¡Qué bien te veo, hijo! ¿Te dan suficiente comida?, ¿pasas frío?, ¿necesitas ropa, o dinero, o medicinas, o algo?...” Pobrecillo. Con esa cicatriz rencorosa en forma de losange que le hace parecer un arlequín. Cinco meses sin verlo. Seguro que ha sufrido él mucho más que yo, se lee en el mapa de su rostro. Cinco meses y ni una sola palabra de reproche, todo desvelo por mí, todo corazón... En los ojos de alguno de mis hermanos sí he podido leer cierto resentimiento, algún atisbo de prevención, sombras de duda. Es fácil adivinar que se preguntan cómo fui capaz de agredir a mi propio padre hasta dejarlo sin sentido. “Nos han dicho que no podemos traer comida, pero ropa sí, y libros... ¿Quieres que te traiga alguno de tus libros de ajedrez?, ¿quieres, hijo?...” También yo me lo pregunto, cada día, cada noche, cada madrugada; no transcurre un momento sin que me venga a la cabeza, como una penitencia inacabable, el recuerdo de mis puños golpeando el cuerpo del pobre anciano, su sorpresa, sus gritos, mi rabia... También yo me lo pregunto. Y no hallo

respuesta. “¿Te traigo tu radio pequeña? En la próxima visita te la doy..., y abrígate, que por aquí se siente mucha humedad...” Quiero curarme. Por él. Se lo he dicho con lágrimas en los ojos a Minerva, suplicándole que me ayude. “¿Por qué golpeó a su padre?”, insiste una y otra vez. Quiero que me ayude, pero no puedo contestarle a eso. “¿Fue un padre autoritario?, ¿les pegaba de pequeños?...” Mi padre nunca nos puso la mano encima, jamás. “Piense, recuerde, tómese su tiempo...” Mas no puedo, no sé por qué lo hice.

- Francisco, si no es capaz de decirme qué le llevó a maltratar a su padre nos va a ser muy difícil ayudarlo.

- Minerva –le contesto con un abatimiento sincero-, si lo supiera tal vez no necesitaría vuestra ayuda.

Tengo que poner buena cara, fingir alegría, agradecimiento. “¡Qué bien que hayáis venido!, estaba deseando veros”. Me tengo que morder la lengua para no gritarles “¡asesinos!”. Son ellos, dos de ellos, quienes deberían estar entre rejas ocupando mi lugar. Mi padre y el primogénito, tal para cual, dos lobos disfrazados de corderos, con cara de no haber roto un plato en sus vidas cuando cuentan en su haber con vajillas completas destrozadas. Pandilla de hipócritas. Si no me hubieran denunciado no estaría encerrado en este estercolero. Y aún tienen la poca vergüenza de preguntar que cómo me encuentro. “Bien, muy bien, no os preocupéis por mí, de verdad, esto es más llevadero de lo que la gente se piensa”. Les pago con su misma moneda, cinismo por cinismo. Me miran desde el otro lado de los cristales como si fuera una atracción de circo, un fenómeno de feria. Intuyo que están deseando que les cuente penas, siento que sufren al verme tan entero, tan poco castigado por mi pecado. “Bien, muy bien, en serio, no os preocupéis por mí.” Y el amago de decepción en sus rostros. ¿Quieren regodearse en su triunfo?, ¿conocer la verdad? Sería lo último que hiciese, darles el gusto de saber que las noches en esta jaula son una sinfonía desgarradora de gritos y llantos, un

duermevela tortuoso de ojos vigilantes al otro lado de la mirilla, de rondas de linternas para evitar suicidios. Celebrarían secretamente su triunfo si confesase que el frío artrítico de las madrugadas torna doloroso goncear rodillas y codos, que el hedor de orines y lejía es el pan nuestro de cada día, que la extorsión entre internos es moneda de curso legal, que el café del economato vendrá endulzado con palomina si no consientes en masturbar al que te lo sirve, que es probable que te obliguen a comer tus propios excrementos si no consigues tabaco para pagarle al jefe del patio su protección... “¡Qué rápido corre el tiempo!, ¿verdad? Si parece que acabáis de llegar... Besos para todos. Cuidaos..., yo también os quiero”. Y sólo en ese momento agradezco la presencia del carcelero pidiendo a las visitas que desalojen los locutorios.

Agosto 2000

El educador ha traído buenas noticias, el gerente de *Cárnicas Martínez* no ha puesto ningún inconveniente en readmitirme en la empresa con todos los beneficios que mi antigüedad en la misma conllevaba. Sin la carta de trabajo no podría aspirar a la libertad condicional. Todavía queda algo lejana, pero es un buen síntoma que don Alfredo se haya preocupado de mi futuro. El asistente social también ha hecho sus averiguaciones en el campo laboral, me explica que por parte de mis antiguos jefes y compañeros no tendré ningún tipo de problemas a la hora de reinsertarme, que tanto los unos como los otros me consideran una persona completamente normal, trabajadora, responsable, si acaso un algo reservada. Me da la impresión, por lo hablado con el asistente, que no les cuesta disculpar mi, ¿cómo decirlo?, ¿mi fallo? Sospecho que la noticia de mi encarcelación les produciría una tremenda perplejidad, quizás incluso algunos considerasen desproporcionado el castigo, pensando que las peleas familiares tienden a exagerarse y que, quien más, quien menos, ha tenido en algún momento de su vida un arrebató que ha soliviantado la armonía de su hogar. No sé por qué últimamente intento imaginar la disculpa de quienes me conocen; acaso sea un mecanismo de defensa que ayude a los propósitos

relativizadores de Minerva. Ya tomé conciencia de mi culpa, sigo purgándola, sólo me resta superarla. Ella lo ve –ahora- así de sencillo. Hemos tenido que consumir hasta llegar a ese punto docenas de reuniones indagando en mi infancia, en mi adolescencia, en la relación con mis padres y hermanos, en mi trato con las mujeres, ¡hasta en en mi afición al ajedrez! No me he sentido aliviado, la verdad, no ha significado ninguna catarsis, tal y como me prometió la psicóloga; sin embargo, nos queda, como bien dice ella, la satisfacción de no haber dejado ningún cabo suelto.

Mi hermano, el mayor, también ha traído buenas noticias: padre está completamente recuperado y ya cuenta con impaciencia los meses que restan para mi salida. “Está poniéndolo todo de su parte –apunta mi hermano con un tono en el que no quiero percibir reproche-, incluso aceptó de buen grado someterse al apoyo psicológico de los servicios sociales”. Lo que no consiguió la muerte de mi madre lo ha logrado mi inexplicable arrebató, pienso con pena mientras oigo sin escuchar el monótono discurso de Luis al otro lado del telefonillo de los locutorios. Minerva, en su día, intentó profundizar en los sentimientos que me produjo la larga enfermedad y la muerte de mi madre. No había caso. Con dieciocho años supe encajar aquella pérdida con suficiente entereza; no así mi padre, que se hundió en la más amarga de las depresiones y en una suerte de leve desvarío que le hacía seguir comprando a su difunta esposa las revistas de la prensa del corazón y las pastillas limpiadoras para la dentadura postiza. “Figúrate, hasta ha desempolvado su viejo ajedrez para celebrar tu vuelta a casa con una partida.” La alegría fingida de Luis me produce ternura. ¡Cuánto no habrá sufrido intentando explicarle a mis sobrinos por qué su padrino lleva tanto tiempo sin visitarlos! Lo peor de mi castigo es que alcanza, sin proponérselo, a muchos inocentes. Paco defiende la opinión contraria, que nuestra inocencia está siendo castigada por el pecado de muchos hipócritas. No termino de entenderlo, ni siquiera lo intento, es un personaje amargado, con esquinas siniestras. Tantas horas de común reclusión no han logrado el deshielo, al menos ante mí, del vidrio que recubre

su mirada.

- ¿Qué hiciste?, ¿por qué estás aquí? – intento de nuevo establecer una corriente de complicidad.

- Porque es la injusticia la que gobierna el mundo.

- ¿No podrías ser más explícito?

- ¡Déjalo ya! Bastante tengo con los interrogatorios de la loquera... –se exalta.

- Si te gano esta partida, ¿me lo dices?

Queda pensativo, jugueteando con las torres.

- ¿Me lo dices?

Contra todo pronóstico, asiente. Avanza dos casillas el peón de rey, mira el tablero acolchado y se sonríe. (Alicia yace, con palidez cérea, en su lúdico ataúd)

- Yo no tengo la culpa de que el mundo esté mal hecho –ensayo a modo de disculpa para congratularme con él.

- El mundo está tan bien hecho como mal gestionado.

Se defiende con el gambito Budapest. Sin duda quiere sorprenderme. Mucho interés tiene en saber qué maldad estoy purgando. Me entrega un peón en la apertura y la descolocación de su caballo a cambio de desbaratarme el centro. Juegan negras. Francisco piensa que en el fondo el ajedrez es un reflejo de la vida: piezas blancas y negras, buenos y malos, casillas blancas y negras, día y noche, jaques, amenazas, celadas, descubiertas, los trebejos poderosos son los que manejan el curso de la partida (o de la vida), sólo de muy tarde en tarde un modesto peón –con muchísimo esfuerzo- alcanza cierta notoriedad al transformarse en dama. La filosofía existencial de mi compañero es tan infantil que, si no fuera por el lugar en el que se empeña en aplicarla, causaría ternura. No hay medias tintas, no hay matices, no hay escalas. Todo es bueno o es malo, izquierda o derecha, dulce o salado... Quienes estamos presos somos malos, quienes no, son buenos. Menos mal que dentro de cada extremo tampoco admite

gradaciones, de lo contrario, la loquera sería excelente, y un servidor repugnante. Lo sé por cómo me mira, cómo me trata, cómo me espía mientras escribo y se hace el dormido. ¡Jaquel!, el primer jaque de la partida. De momento inofensivo. Se nota que se está esforzando más que otras veces, tiene verdadero interés en ganar. ¿Quiere saber por qué me condenaron? Tendrá que trabajárselo y no creo que lo consiga. Dispongo de ventaja –y no por jugar con blancas-, sino porque cuento con la ayuda de una gran ajedrecista. Ella me susurra las jugadas, me insinúa la estrategia. Cuando juego al ajedrez sus gritos desaparecen, su rabia se contiene, vuelve a ser la madre adorable que me enseñó a mover las piezas al amor de una estufa de butano, un bocadillo de pringue y el murmullo del consultorio de Elena Francis en el viejo transistor de la abuela como fondo.

Noviembre 2000

Ha vuelto a venir Luis. Solo. Padre está sudando un resfriado que cogió en el cementerio, dice. Sigue con la costumbre de dedicar las mañanas de los domingos a limpiar el nicho de madre, y su cuerpo ya no va teniendo la resistencia de antaño para soportar las corrientes que barren las galerías del camposanto. Nadie lo acompaña en esa su semanal excursión; sólo a mí me gustaba (bueno, me gusta, que desde que estoy preso hablo y escribo como si hubiese muerto), me gusta, digo, pasear con él por la tranquilidad de los laberintos de cipreses y mausoleos. Mis hermanos son más descreídos, o más prácticos, o, tal vez, le tengan más respeto a la muerte. Salvo el día de difuntos –y no siempre- en que se dignan a llevar unas flores a la tumba de madre, no suelen pisar por allí. Hay que cuidar a los vivos, los muertos ya no lo precisan, se excusa el benjamín. Si la estética de los túmulos fuese como la que Paco fantasea que debe gustar en el País de las Maravillas mucha más gente visitaría a sus difuntos. Luis ni siquiera sabría localizar el pasillo en el que se halla madre. Pabellón San Luis Gonzaga, pasillo E-2. Me acuerdo porque a padre le da por recitar unos versos equivocados de Alberti siempre

que traspasamos el segundo p3rtico, el que est1 custodiado por la estatua del malogrado torero Juan Roncero: “Marinerito bonito,/ Luis Gonzaga de la mar,/ ;qu3 fresco era tu pescado/ acabado de pescar! Te fuiste, marinerito,/ en una noche estrellada...” Y los ojos se le encharcan, claro, y le vienen las palpitations y tiene que echar mano de las pastillas para los ahogos. Me asqueaba su dependencia de aquellas p3ldoras y ahora me veo peor que 3l, teniendo que tragarme diariamente un buen pu3ado de medicamentos. El arco iris lo llama Paco. Paco no se quiere curar; todav3a no he logrado saber cu1l es su enfermedad ni su condena porque nuestros 3ltimos enfrentamientos ajedrec3sticos han devenido en tablas. No toma la medicaci3n, lo s3. Al principio su negativa se deb3a a un acto de rebeld3a contra la instituci3n, contra esta gigantesca nube de gominola, como le gusta llamar al Psiqui1trico; no obstante, ahora lo hace para trapichear, vomita las pastillas y las revende en el patio para conseguir con qu3 pagarse sus vicios y sus peque3os caprichos, un caf3, alguna lata de at3n, colonia, caramelos para la tos. En el economato han comenzado a fiarle, se3al de que se ha convertido en un buen cliente. Incluso le sirven las infusiones sin gonchu, lo que aqu3 son palabras mayores. No es que sea indigente, que es el t3rmino con el que en el talego se conoce a quienes no tienen ninguna fuente de ingresos ni amigos ni familiares que le ingresen dinero en su peculio. Me consta que de vez en cuando viene su hermano, o sus padres, no s3, a visitarlo. Pero se niega a recibir nada de ellos, por principios, dice. 3l ver1. Alguna vez se ha permitido un m3nimo desahogo comentando que han sido la causa de su perdici3n. Escuetas pistas que no me alcanzan para ninguna composici3n de lugar.

Luis ha insinuado que no ser3a mala idea buscar alg3n piso de acogida para cuando comience a disfrutar mis permisos. Como medida transitoria, a3ade a modo de disculpa. Que hay que ir d1ndole tiempo al tiempo, que las cosas han de hacerse bien, despacio, que sea comprensivo, que todos han sufrido mucho, que padre se merece esas peque3as prevenciones y m1s, que..... No tuerzo el gesto, el encierro me ha ense3ado a ser paciente. Luego lo comentar3

con Minerva, sin embargo no considero justo tener que purgar doblemente mi delito. Que todos han sufrido mucho..., ¿y yo no?

Suenan las llaves del funcionario, es hora de apagar las luces. Por el sonido arrastrado de los pasos debe ser don Vicente. He tenido tiempo suficiente para aprender a distinguir a las personas por esos nimios detalles. A decir verdad no he sido autodidacta en tan curiosa dedicación, mi maestro fue Leónidas, un maniaco-depresivo del módulo tres que anteayer acabó sacando billete para el otro barrio. Don Vicente es, para lo que se estila por estas casas, buena gente, abre las duchas media hora antes de lo establecido y así a los últimos todavía nos llega agua caliente.

Oscuridad.

- Francisco –aún desde su duermevela Paco no olvida desearme las buenas noches-, esto no es el Psiquiátrico Penitenciario de Fontcalent, esto es una nube gigantesca de blanda gominola.

Minerva no me ha hecho todavía ninguna observación sobre los apuntes del diario, debe estar satisfecha con mi trabajo. En esa confianza me duermo arrullado por los resuellos de Paco. Mañana concluiremos otra partida con todas las trazas de desembocar en mi primera victoria.

Cacheo y requisa exhaustiva de la celda. No sé qué piensan que van a encontrar. Desde que a Leónidas le dio por beberse media botella de lejía para terminar con sus visiones apocalípticas y sus padecimientos los funcionarios andan todos los días poniendo los chabolos patas arriba. Lo hacen por nuestro bien, repite como un loro el educador. El muy cretino no sabe decir otra cosa. Lo hacen como pura pose, para cumplir el expediente. En este agujero quien se quiere quitar de la circulación lo hace sin problemas por más registros y planes de prevención de suicidios que se pongan en práctica. Con que te tragues la pastilla de jabón

desmenuzada y luego te inflas a agua ya vas listo, no te salva ni el mejor equipo de reanimación. O puedes abrirte las venas destrozando la bombilla del tigre, o con las maquinillas de afeitar, que ésas te las suministra la propia Administración, o con cualquier lata del economato. Por culpa de Leónidas ya no nos dan lejía; a ver cuánto tardamos en pillar una infección. Por esa misma regla de tres deberían quitarnos las latas, las maquinillas, la medicación (si guardas la de unos cuantos días y te la tomas junta te teletransportas al país de nunca jamás en un suspiro) Cinturones tampoco nos dejan tener, por aquello de los ahorcamientos; ni cordones de ninguna clase. Nos los confiscan y en paz, y el educador hace oídos sordos al más elemental de los razonamientos: ¿por qué, entonces, nos dan sábanas? Se pueden hacer tiras para fabricar últimas corbatas. El funcionario de hoy -el Duchas le llaman, porque las abre media hora antes para poder regodearse durante más tiempo con la visión de nuestras desnudeces-, no ha dejado títere con cabeza en el chabolo. De lo único que me puedo alegrar es de que con su profesional celo ha descompuesto la posición del tablero. Francisco tenía clara ventaja de material, su empeño con el gambito Budapest le había dado, por fin, resultado.

Abril 2001

Dos días, apenas dos días para poder gozar mi primer permiso. Minerva me tenía bastante desatendido o, al menos, eso pensaba yo, cuando, ¡bingo!, me llega el papel. (Fui injusto al juzgar a la psicóloga, con la saturación del centro sé que no da abasto para ocuparse de todos) La Junta de Tratamiento informa favorablemente sobre mí, me progresa a tercer grado y me concede un permiso ordinario de seis días fijando mi residencia en el domicilio familiar. Supongo que a Luis no le habrá agradado que el asistente social no haya estimado oportuno condicionar mi salida a un centro de acogida, pero él —y al decir él me refiero al equipo— sabe mejor que nadie qué es lo que me conviene. También pudiera ser que no hubiese plazas disponibles, lo cierto es que regreso a casa. Por fin esa partida de ajedrez con mi padre, ese paseo

al cementerio, la visita a mis sobrinos. Aprovecharé para darme una vuelta por el trabajo para ir formalizando los papeles, ya se me está antojando lejana la fecha de mi libertad condicional.

Saldré con el reconcomio de no haber podido enterarme del delito de Paco, mi sapiencia ajedrecística no ha servido nada más que para arañar innúmeras tablas.

Mayo 2001

No quiere verme. Dice el médico que buena la he hecho, que ni sueñe con que me vuelva a atender Minerva. Debe estar desolada, lo comprendo, pero necesito su ayuda, necesito que alguien me diga cómo se encuentra mi padre, es preciso que el asistente convenza a Luis para que venga a visitarme... *¿Primer grado? Lo que ellos quieran. ¿Que me van a machacar las pastillas y me van a tener en la celda de observación para que no les vuelva a dar el pego? ¡Estupendo!, así no tendré que aguantar los dedos asquerosos del doctor explorando mi boca. Ya no se ríe, no, ya no me dice: “Peces, está respondiendo muy bien a la medicación, es un modelo para los demás.” Se le ha desdibujado la sonrisa de autosuficiencia, hasta el bronceado artificial parece menos intenso y sus Pierre Lavaign menos brillantes. Yo sólo quiero que alguien me ayude, que me saquen estas voces de la cabeza, que me dejen ver a mi padre, que me pueda disculpar, que me curen de una vez por todas..., no quiero volver al patio, ni a las partidas acolchadas, ni a los recuentos, ni a la nube de gominola... El mundo está bien hecho, pero mal gestionado, por eso he tenido que buscar justicia por mi cuenta. ¡Qué fresco era tu pescado, acabado de pescar!... ¿Estás contenta, madre? Me alegro. Deseo que disfrutases tanto como yo escuchando los quejidos de tu asesino. Delante de tu nicho, no pude escoger mejor sitio, ¿verdad?, allí mismo te lo ofrecí, desangrándose como un cerdo. Y aún tenía aliento para pedir explicaciones: “¡Hijo mío!, ¿por qué?”. El médico me aturulla con abstrusas explicaciones sobre el complejo de Edipo, sus tardías manifestaciones, posibles tratamientos de las psicosis encubiertas... Lo que necesito ahora es saber cómo está mi padre, pedirle perdón a Minerva...*

¿Que por qué? Eso mismo le pregunté, a él y a Luis, cuando decidieron –sin consultarnos al resto- dar su consentimiento para desconectar el respirador artificial de madre. Cínicas excusas: no podían verla sufrir más, así, consumiéndose poco a poco, vegetando en el limbo. ¿No es motivo suficiente para reventar a palazos a un padre?... Claro que sí, madre, lo que tú digas..., pero, por favor, ¡no chilles! Te prometo que también acabaré con el desgraciado de Luis, te lo prometo, pero no chilles, te lo suplico, ¡no aguanto esos gritos!

Cuando Francisco Peces reingresó en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Fontcalent por quebrantamiento de condena e intento de parricidio la Junta de Tratamiento, a instancias de Luis Peces, se vio en la obligación de revisar la carpeta de su protocolo. El subdirector médico no tuvo más remedio que incoar expediente disciplinario a Minerva Agulló al descubrir que todos los folios que conformaban el diario del interno apuntaban claramente hacia un diagnóstico de esquizofrenia en fase de avanzado desarrollo. Se trató de un brindis al sol para conformar a los familiares. En el pliego de cargos se consideró la atenuante de que la psicóloga atendía a otros doscientos veinte internos más, muchos de los cuales presentaban cuadros clínicos más graves, por lo que le era materialmente imposible leer todos y cada uno de los documentos que se contenían en los protocolos. Minerva fue suspendida de empleo y sueldo durante dos días.

El padre de Francisco Peces murió a los pocos días como consecuencia de los golpes recibidos. La familia se querelló, entonces, con la dirección del centro. Tras años de litigio todas sus reclamaciones fueron desestimadas.

El seis de febrero de 1999 A.H.J., interno del centro penitenciario Madrid VI (Aranjuez) en tratamiento psiquiátrico, tras cumplir una condena de cuatro años y seis meses por un delito de agresión sexual contra su madre, salió en libertad condicional con el visto bueno de la Junta de Tratamiento. Esa misma noche, tras violar repetidas veces a su anciana madre, la estranguló.

El doce de agosto de 2001 A.C.I., interno del centro penitenciario Ocaña II (Toledo) en tratamiento psiquiátrico, mientras disfrutaba de un permiso extraordinario para asistir al funeral de un hermano -recomendado por la Junta de Tratamiento de la prisión-, asesinó a un taxista porque así se lo ordenaba una voz nacida en su cerebro, según confesó más tarde.

El seis de mayo de 2001 F.P.G., enfermo mental recluido en el Psiquiátrico de Fontcalent (Alicante), al pasear con su padre por el cementerio de su ciudad, la emprendió a golpes con él dejándolo en estado comatoso. Los responsables del hospital penitenciario habían aconsejado la concesión del permiso como parte del tratamiento.

Seudónimo.- Koala